



SAMUEL WARD

IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA

J. C. RYLE

Samuel Ward



SAMUEL WARD, un eminente divino de Suffolk, y uno de los más famosos puritanos del siglo XVII, es un hombre cuyo nombre es comparativamente desconocido para la mayoría de los lectores de teología inglesa. Esto se explica fácilmente. Escribió muy poco, y lo que escribió nunca se ha reimpresso hasta hace muy poco. Owen, Baxter, Gurnall, Charnock, Goodwin, Adams, Brooks, Watson, Greenhill, Sibbes, Jenkyn, Manton, Burroughs, Bolton y otros, han sido reimpresos total o parcialmente. De Samuel Ward, por lo que he podido comprobar, no se ha reimpresso ni una palabra en más de doscientos años.

Hasta qué punto los sermones de Samuel Ward han merecido esta negligencia, estoy dispuesto a dejar al juicio de todos los estudiantes de teología en cuyas manos puedan caer sus sermones. Pero me atrevo a opinar que refleja poco crédito en la discreción de los reeditores de la antigua divinidad el hecho de que un escritor como Samuel Ward haya sido pasado por alto durante tanto tiempo. Su caso, sin embargo, no es el único. Cuando obras como las de Swinnock, Arrowsmith sobre Juan 1, Gouge sobre Hebreos, Airay sobre Filipenses, John Rogers sobre 1 Pedro, Hardy sobre 1 Juan, Daniel Rogers sobre Naamán el Sirio (por no hablar de algunas de las mejores obras de Manton y Brooks), han sido consideradas recientemente dignas de ser reeditadas, no debemos sorprendernos del tratamiento que ha recibido Ward.

Como ministro de Suffolk y amante de la teología puritana, deseo proporcionar alguna información sobre Ward en este documento biográfico. Me habría complacido especialmente si hubiera estado en mi mano escribir una memoria completa del hombre y su ministerio. Lamento, sin embargo, verme obligado a decir que los materiales de los que se puede compilar cualquier relato sobre él son extremadamente escasos, y los hechos conocidos sobre él son comparativamente pocos. Por desgracia, esta dificultad no es la única con la que he tenido que lidiar. Es una circunstancia muy curiosa, que no menos de tres divinos llamados "S. Ward" vivieron en la primera mitad del siglo XVII, y fueron todos miembros del Sydney College, Cambridge. Estos tres eran el Dr. Samuel Ward, maestro del Sydney, Seth Ward, que fue sucesivamente obispo de Exeter y Salisbury, y Samuel Ward de Ipswich, cuyos sermones se han reimpresso. De estos tres, los dos "Samuels" fueron sin duda los hombres más notables; pero la similitud de sus nombres ha envuelto hasta ahora sus biografías en una gran confusión. Sólo puedo decir que he hecho todo lo posible, frente a estas dificultades acumuladas, para desenredar una madeja enmarañada y proporcionar al lector información precisa.

La historia de la vida de Samuel Ward se cuenta rápidamente. Nació en Haverhill, en Suffolk, en el año 1577, y fue el hijo mayor del reverendo John Ward, ministro del Evangelio en esa ciudad. John Ward, el padre de Samuel Ward, parece haber sido un hombre de considerable eminencia como ministro y predicador. Fuller (en su Loables de Suffolk) dice que los tres hijos juntos no alcanzarían la capacidad de su padre. Merece la pena leer la siguiente inscripción en su tumba de la iglesia de Haverhill:

- JOHANNES WARDE.

Quo si quis scivit scitius,

Aut si quis docuit doctius,

At rarus vixit sanctius,

Et nullus tonuit fortius.

Hijo del trueno, hijo de la paloma,

Lleno de celo ardiente, lleno de amor verdadero;

En la predicación de la verdad, en la vida correcta, -

Una lámpara ardiente, una luz brillante.

LUZ AQUÍ. ESTRELLAS DEL MÁS ALLÁ.

John Ward, después de que con gran evidencia y poder del Espíritu, y con mucho fruto, predicó el Evangelio en Haverill y Bury en Suff. 25 años, fue reunido aquí con sus padres. Susan, su viuda, se casó con Rogers, ese digno pastor de Wethersfielde. Dejó 3 hijos, Samuel, Nathaniel y John, predicadores, que para ellos y los suyos, no desean mayor bendición que la de continuar en la predicación del mismo Evangelio hasta la venida de Cristo. Ven, Señor Jesús, ven pronto.

VER. La muerte es nuestra entrada a la vida. WARD.

Samuel Ward, el sujeto de esta memoria, fue admitido como becario del St. John's College, Cambridge, en la fundación de Lady Margaret, por nominación de Lord Burghley, el 6 de noviembre de 1594, y salió B.A. de esa casa en 1596. Fue nombrado uno de los primeros Fellows del Sydney Sussex College, en 1599,

comenzó su M.A. en 1600, dejó su Fraternidad al casarse en 1604, y procedió a su B.D. en 1607.

No se sabe nada de la infancia y juventud de Ward. Su entrada en el trabajo del ministerio, el nombre del obispo por el que fue ordenado, la fecha de su ordenación, el lugar donde comenzó a hacer la obra de Cristo como predicador, son todas las cosas de las que aparentemente no hay registro. Su primera aparición como personaje público es en calidad de conferencista en su ciudad natal de Haverhill. De su éxito en Haverhill, Samuel Clark (en su "Lives of Eminent Persons", p. 154, ed. 1683), da el siguiente ejemplo interesante, en su vida de Samuel Fairclough, un famoso ministro de Kedington, en Suffolk: -

"Dios se complació en comenzar una obra de gracia en el corazón de Samuel Fairclough muy temprano y a tiempo, despertando su conciencia por el terror de la ley, y otorgándole un sincero arrepentimiento por ello, y obrando una fe efectiva en él; y todo esto fue hecho por el ministerio de la Palabra predicada por el Sr. Samuel Ward, entonces conferencista de Haverhill. El Sr. Ward había respondido por él en el bautismo, y siempre le tuvo un amor sincero. Predicando un día sobre la conversión de Zaqueo, y discurriendo sobre su cuádruple restitución en casos de rapiña y extorsión, el Sr. Ward utilizó esa expresión tan frecuente, según la cual ningún hombre puede esperar el perdón de Dios por el mal causado a la propiedad de otro, a menos que haga una restitución completa a la persona perjudicada, si es posible hacerlo. Esto fue como un dardo dirigido por la mano de Dios al corazón del joven Fairclough, quien, junto con un tal John Trigg, más tarde famoso médico en Londres, había robado la semana anterior el huerto de un tal Goodman Jude de esa ciudad, y había llenado sus bolsillos así como sus vientres con la fruta de un meloso peral".

"Durante y después del sermón, el joven Fairclough se lamentó mucho, y no durmió en toda la noche siguiente; y, al levantarse el lunes por la mañana, fue a ver a su compañero Trigg y le dijo que iba a casa de Goodman Jude, para llevarle doce peniques a modo de restitución por los tres peniques de peras de los que le había perjudicado. Trigg, temiendo que si el asunto se confesaba a Jude, éste informaría a Robotham, su amo, de lo que seguiría una corrección corporal, se esforzó por desviar al pobre chico de su propósito de restitución. Pero Fairclough replicó que Dios no perdonaría el pecado si no se hacía la restitución. A lo que Trigg respondió así: 'Hablas como un tonto, Sam; Dios nos perdonará diez veces, antes que el viejo Jude nos perdone una vez'. Pero nuestro Samuel era de otra opinión, y por lo tanto se dirigió a la casa de Jude, y allí le contó su misión, y le ofreció un chelín, que Jude rechazó (aunque declaró que perdonaba el mal), la herida del joven dolió tanto, que no pudo descansar hasta que fue a su padre espiritual, el Sr. Ward, y le abrió todo el estado de su alma, tanto por este pecado en particular como por muchos otros, y más especialmente el pecado de los pecados, el pecado original y la depravación de su naturaleza. El Sr. Ward lo recibió con gran afecto y ternura, y demostró ser

un buen samaritano con él, derramando vino y aceite en sus heridas, respondiendo a todas sus preguntas, satisfaciendo sus temores, y predicándole a Jesús tan completa y eficazmente que se convirtió en un verdadero y sincero converso, y se dedicó y desvivió por su Salvador y Redentor todos los días de su vida posterior".

Desde Haverhill, Samuel Ward fue trasladado, en 1603, a la temprana edad de veintiséis años, a una posición de gran importancia en aquellos días. La Corporación de Ipswich lo nombró predicador de la ciudad de Ipswich, y ocupó el púlpito de St. Mary-le-Tower, en esa ciudad, con poca interrupción, durante unos treinta años. Hay que recordar que Ipswich y Norwich eran lugares mucho más importantes hace doscientos cincuenta años que en la actualidad. Eran las capitales de dos de los condados más ricos y poblados de Inglaterra. Suffolk, en particular, era un condado en el que los principios protestantes y evangélicos de la Reforma habían echado raíces especialmente profundas. Algunos de los más eminentes puritanos eran ministros de Suffolk. Ser elegido Predicador Municipal de un lugar como Ipswich hace doscientos cincuenta años era un gran honor, y muestra la alta estimación que se tenía del carácter ministerial de Samuel Ward, incluso cuando era tan joven a la edad de veintiséis años. Cabe destacar que Matthew Lawrence y Stephen Marshall, que se encontraban entre sus sucesores, eran ambos hombres destacados entre los divinos del siglo XVII.

La influencia que Ward poseía en Ipswich parece haber sido muy considerable. Fuller dice: "Era el ministro preferido en Ipswich, o más bien de Ipswich, y tenía el cuidado y el amor de todas las parroquias de ese populoso lugar. De hecho, tenía una virtud magnética (como si la hubiera aprendido de un imán, en cuyas cualidades era tan conocedor) para atraer los afectos de la gente". La historia de sus treinta años de ministerio en la ciudad de Ipswich estaría sin duda llena de detalles interesantes, si pudiéramos descubrirlos. Desgraciadamente, sólo puedo suministrar al lector los siguientes hechos secos, que he encontrado en una publicación anticuaria de considerable valor, titulada "Wodderspoon's Memorials of Ipswich". Evidentemente están compilados a partir de registros antiguos, y arrojan alguna luz útil sobre ciertos puntos de la historia de Ward.

Wodderspoon dice: "En el año 1603, el día de Todos los Santos, un hombre de considerable eminencia fue elegido como predicador, el Sr. Samuel Ward. La Corporación parece haberlo tratado con gran liberalidad, designando cien marcos como su estipendio, y también permitiéndole £6 13s. 4d trimestrales para el alquiler de la casa.

"Las Autoridades Municipales (posiblemente debido a la obtención de un divino tan capaz) declaran muy minuciosamente los términos del compromiso del Sr. Ward. En su enfermedad o ausencia debe proveer el suministro de un ministro en el lugar habitual tres veces por semana, "como ha sido la costumbre". No podrá ausentarse de la ciudad más de cuarenta días en un año, sin permiso; y si toma un cargo

pastoral, su retención por parte de la Corporación será nula. La pensión que se le conceda no se cargará a las tierras de la Fundación o del hospital".

"En el séptimo año de Jacobo I, la Corporación compró una casa para el Predicador, o más bien para el Sr. Ward. Esta casa fue comprada por el pueblo con una contribución de 120 libras, y el resto del dinero se hizo con contribuciones libres, en el entendimiento de que, cuando el Sr. Ward dejara de ser Predicador, el edificio sería revendido, y las diversas sumas recaudadas serían devueltas a los que contribuyeron, así como también el dinero adelantado por la Corporación".

En el octavo año de Jacobo I, la Corporación aumentó el salario del Sr. Ward a 90 libras esterlinas al año, "a causa de los gastos que soporta al permanecer aquí".

"En el decimocuarto año de Jacobo I, la pensión del Sr. Samuel Ward aumentó de 90 a 100 libras anuales.

"La predicación de este divino, siendo de un carácter tan libre y puritano, no escapó por mucho tiempo a la atención de los chismosos de la Corte; y después de un corto período, pasado en la negociación, el Sr. Ward fue restringido de oficiar en su oficina. En 1623, el 6 de agosto, aparece un registro en los libros de la ciudad, en el sentido de que 'una carta del Rey, para inhibir al Sr. Ward de la predicación, se remite al Consejo de la ciudad'".

Sobre el resto de la vida de Ward, Wodderspoon no proporciona ninguna información. Lo poco que sabemos al respecto lo hemos obtenido de otras fuentes.

Está claro, a partir de la vida de Hackett del Lord Guardián Obispo Williams (p. 95, ed. 1693), que aunque fue procesado por el Obispo Harsnet por no conformidad en 1623, Ward sólo fue suspendido temporalmente, si es que lo fue, de su cargo de Predicador. Brook (en sus "Vidas de los Puritanos", vol. II. p. 452), siguiendo a Hackett, dice que "tras su procesamiento en el Consistorio de Norwich, apeló del Obispo al Rey, quien sometió los artículos expuestos contra él al examen del Lord Guardián Williams. El Lord Keeper informó que el Sr. Ward "no era del todo un no conformista, sino un hombre fácil de ganar con un trato justo; y persuadió al Obispo Harsnet para que aceptara su sumisión, y no lo sacara de Ipswich". La verdad es que el Lord Keeper encontró que el Sr. Ward poseía tanta franqueza, y estaba tan dispuesto a promover los intereses de la Iglesia, que no podía hacer menos que agravar los problemas de un divino tan erudito e industrioso. Por lo tanto, fue liberado de la acusación, y muy probablemente continuó durante algún tiempo sin ser molestado, en el ejercicio pacífico de su ministerio". Brook podría haber añadido aquí un hecho, registrado por Hackett, de que Ward era tan buen amigo de la Iglesia de Inglaterra, que fue el medio usado para mantener a varias personas que estaban dudando sobre la conformidad, dentro de la comunión episcopal.

Tras once años de relativa tranquilidad, Ward fue procesado de nuevo por supuesta no conformidad, a instancias del arzobispo Laud. Prynne, en su relato del juicio de Laud (p. 361), nos dice que, en el año 1635, fue procesado en el Tribunal de la Alta Comisión por predicar en contra de la inclinación al nombre de Jesús, y en contra del "Libro de los Deportes", y por haber dicho "que la Iglesia de Inglaterra estaba preparada para hacer cambios en la religión", y "que el Evangelio estaba de puntas de pie listo para desaparecer". Se le declaró culpable, se le ordenó que se retractara públicamente en la forma que el Tribunal considerara oportuna y se le condenó en costas. Al negarse a retractarse, fue ingresado en prisión, donde permaneció mucho tiempo.

En una nota del relato de Brook sobre esta vergonzosa transacción, que parece haber recogido de las "Colecciones de Rushworth" y de los "Problemas de Laud" de Wharton, menciona un hecho notable sobre Ward en esta coyuntura de su vida, que muestra la alta estima que se le tenía en Ipswich. Parece que después de su suspensión, el Obispo de Norwich habría permitido a su pueblo otro ministro en su lugar; pero la determinación de ellos era que "itendrían al Sr. Ward, o ninguno!"

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SAMUEL WARD.

LOS ÚLTIMOS CUATRO AÑOS DE LA VIDA DE WARD SE CONOCEN MUY IMPERFECTAMENTE - SE RETIRA A ROTTERDAM DESPUÉS DE SER SILENCIADO POR LAUD - VUELVE A IPSWICH – ES ENTERRADO EN LA IGLESIA DE LA TORRE, 1639 - NOMBRE DE SU ESPOSA - RELATO DE SU SERMÓN FÚNEBRE - DESCRIPCIÓN DE SU PREDICACIÓN - EXTRACTOS DE SUS SERMONES.

Los últimos cuatro años de la vida de Ward son un tema sobre el que me resulta muy difícil descubrir la verdad. Brook dice que, después de su liberación de la prisión, se retiró a Holanda, y se convirtió en un colega de William Bridge, el famoso ministro independiente de Yarmouth, que se había establecido en Rotterdam. También menciona un informe de que él y el Sr. Bridge renunciaron a su ordenación episcopal, y fueron reordenados: "El Sr. Bridge ordenando al Sr. Ward, y el Sr. Ward devolviendo el cumplido". Añade otro informe, que Ward fue injustamente destituido de su cargo pastoral en Rotterdam, y después de un corto intervalo fue restituido.

Me atrevo a pensar que este relato debe ser considerado con cierta sospecha. En cualquier caso, dudo que estemos en posesión de todos los hechos de la transacción que Brook registra. Es muy probable que Ward se haya retirado a Holanda después de salir de la cárcel. Era un paso que muchos se veían obligados a dar en aras de la paz y la libertad de conciencia, en los días de los Estuardo. Que fuera párroco de una iglesia en Rotterdam, junto con Bridge, que surgieran diferencias entre él y su colega, que fuera destituido temporalmente de su cargo y posteriormente restaurado, son cosas que considero muy probables. Su reordenación es un punto que considero cuestionable. Por un lado, me parece

sumamente improbable que un hombre de la edad y la posición de Ward fuera reordenado primero por Bridge, que era veintitrés años más joven que él, y que después volviera a ordenar a Bridge. Por otra parte, parece muy extraño que un hombre que había renunciado a sus órdenes episcopales, recibiera después una honrosa sepultura en la nave de una iglesia de Ipswich, en el año 1639. Sólo una cosa está clara. La estancia de Ward en Rotterdam no pudo ser muy larga. No fue encarcelado hasta 1635 y fue enterrado en 1639. Según Prynne, "estuvo mucho tiempo en prisión". En cualquier caso, estuvo allí el tiempo suficiente para escribir una obra en latín, llamada "A Rapture", de la que se dice expresamente que fue compuesta durante su encarcelamiento "en la Puerta de la Casa". En 1638, lo encontramos comprando una casa en Ipswich. Es evidente, a este ritmo, que no pudo estar mucho tiempo en Holanda. Sin embargo, la totalidad de las transacciones en Rotterdam, en lo que respecta a Ward, están envueltas en cierta oscuridad. Las historias contra eminentes puritanos se fabricaban fácilmente y se engrosaban con avidez en el siglo XVII. La afirmación de Brook de que Ward murió en Holanda, alrededor de 1640, carece tan completamente de fundamento, que más bien daña el valor de su relato de los últimos días de Ward.

Sin embargo, concediendo que después de su liberación de la prisión Ward se retiró a Holanda, parece que hay todas las razones para creer que regresó a Ipswich a principios de 1638. Se desprende de los libros de la ciudad de Ipswich (según Wodderspoon), que, en abril de 1638, compró la casa que le proporcionó la ciudad por 140 libras, devolviendo a los contribuyentes la suma aportada por ellos. Murió en el mes de marzo de 1639, a la edad de 62 años, y fue enterrado en St. Mary-le-Tower, Ipswich, el 8 de ese mes. Tengo en mi poder una copia certificada de la inscripción de su entierro en el registro parroquial. En una lápida que se colocó en vida en la nave central de la iglesia, aún se conservan las siguientes palabras (según la Historia de Ipswich de Clarke):

"¡Vigilante, Ward! Todavía un poco,
porque el que ha de venir, vendrá".

Bajo esta piedra se supone que se colocaron los huesos del buen y viejo predicador puritano; y hasta el día de hoy los que conocen su nombre en Ipswich hablan de él como "El Vigilante Ward".

Sólo queda añadir que Ward se casó, en 1604, con una viuda llamada Deborah Bolton, de Isleham, en Cambridge, y tuvo con ella una familia. Es un hecho interesante, registrado en los libros de la ciudad de Ipswich, que después de su muerte, como señal de respeto, a su viuda y a su hijo mayor Samuel se les permitió durante toda su vida el estipendio disfrutado por su padre, es decir, 100 libras anuales. También cabe destacar que tenía dos hermanos que eran ministros, John y Nathaniel. John Ward vivió y murió como rector de St. Clement's, Ipswich; y hay

una lápida y una breve inscripción sobre él en esa iglesia. Nathaniel Ward fue ministro de Standon, Herts, fue a América en 1634, volvió a Inglaterra en 1646 y murió en Shenfield, en Essex, en 1653.

Hay un excelente retrato de Ward que aún se conserva en Ipswich, en posesión del Sr. Hunt, abogado. Se le representa con un libro abierto en la mano derecha, una lechuguilla alrededor del cuello, una barba en pico y bigotes. En un lado hay un faro costero encendido; y hay una inscripción -

"Vigilante Ward. Ætatis suæ 43. 1620."

El siguiente extracto, de un raro volumen llamado "La Lápida; o, una nota y un monumento imperfecto de ese hombre digno, el Sr. John Carter, Pastor de Bramford y Belstead en Suffolk" (1653), probablemente merecerá ser insertado, como una evidencia incidental de la alta estima en la que Ward era tenido en la vecindad de Ipswich. La obra fue escrita por el hijo del Sr. Carter, y el extracto describe lo que ocurrió en el funeral de su padre. Dice (en las páginas 26 y 27): "En la tarde del 4 de febrero de 1634, en el entierro de mi padre, hubo una gran confluencia de gente de todas partes, ministros y otros que tomaron la palabra de Joás, rey de Israel: "¡Oh, padre mío! ¡los carros de Israel y sus jinetes! El viejo Sr. Samuel Ward, aquel famoso divino, y la gloria de Ipswich, vino al funeral, trajo consigo un vestido de luto, y se ofreció muy respetuosamente a predicar el sermón fúnebre, viendo que se reunía tal congregación, y que era una ocasión apropiada. Pero mi hermana y yo no nos atrevimos a hacerlo, porque nuestro padre nos había ordenado muchas veces en vida, y como su voluntad, que no hubiera ningún servicio en su entierro. Porque -dijo él- dará ocasión a que se hablen cosas buenas de mí que no merezco, y así se dirán cosas falsas en este púlpito". El Sr. Ward descansó satisfecho, y se abstuvo. Pero el viernes siguiente, en Ipswich, convirtió toda su conferencia en un sermón fúnebre para mi padre, en el que lo lamentó y lo honró, para gran satisfacción de todo el auditorio".

Ahora he reunido todo lo que he podido descubrir sobre la historia de Samuel Ward. Lamento de corazón que sea tan reducida y que los hechos registrados sobre él sean tan escasos. Pero no debemos olvidar que la mejor parte de la vida de Ward transcurrió en Suffolk, y que rara vez abandonó su querido púlpito en St. Mary-le-Tower, Ipswich. No cabe duda de que era conocido por su reputación más allá de las fronteras de su propio condado. Su selección como predicador en St. Paul's Cross, en 1616, es una prueba de ello. Pero es vano suponer que la reputación de un predicador, por muy eminente que sea, que vive y muere en una ciudad de provincias, le sobrevivirá mucho tiempo. Para ser objeto de biografías y que los hechos de su vida sean continuamente anotados, un hombre debe vivir en una metrópolis. Esta no fue la suerte de Ward y, en consecuencia, al cabo de doscientos años, parece que sabemos poco de él.

Sólo queda decir algo sobre los Sermones y Tratados de Ward, que se han reimpresso recientemente por primera vez y se han hecho accesibles al lector moderno de teología. Debe entenderse claramente que estas reimpressiones no comprenden la totalidad de los escritos de Ward. Además de estos Sermones y Tratados, escribió, junto con Yates, una respuesta al famoso Libro de Montague, "Appello Cæsarem". También hay razones para pensar que publicó uno o dos sermones más desprendidos, además de los que ahora se reimprimen. Creo, sin embargo, que no cabe duda de que los nueve Sermones y Tratados que han sido reeditados recientemente por el Sr. Nichol, son las únicas obras de Samuel Ward que habría valido la pena reimprimir, y con toda probabilidad las únicas obras que él mismo habría deseado que se reprodujeran.

El público lector podrá ahora formarse una opinión sobre los méritos de estos sermones. En el pasado fueron muy apreciados y han vuelto a recibir los elogios de jueces muy competentes. Fuller atestigua que Ward "tenía una fantasía santificada, hábil en el diseño de cuadros expresivos, representando mucha materia en un pequeño modelo". Doddridge dice que los "escritos de Ward son dignos de ser leídos. Su lenguaje es generalmente correcto, elegante y directo a la conciencia. Sus pensamientos están bien digeridos y felizmente ilustrados. Tiene muchas vetas notables de ingenio. Se encuentran en él muchas de las más audaces figuras del lenguaje, más allá de cualquier escritor inglés, especialmente apóstrofes, prosopopeyas, dialogismos y alegorías". Este elogio puede parecer a primera vista extravagante. Sin embargo, me sentiré decepcionado si aquellos que se tomen la molestia de leer los escritos de Ward no lo consideran bien merecido.

Es justo para Samuel Ward recordar a los lectores de sus obras que al menos tres de los nueve Sermones y Tratados que ahora se reimprimen no fueron compuestos originalmente con vistas a su publicación. Los sermones titulados "Un carbón del altar", "Bálsamo de Gilead para recuperar la conciencia" y "El juez de paz de Jetro" parecen haber sido llevados a la imprenta por amigos y familiares. Tienen todas las características de las composiciones destinadas a los oídos más que a los ojos, a los oyentes más que a los lectores. Sin embargo, me atrevo a decir que son tres de los ejemplos más sorprendentes de los dones y poderes de Ward, de entre todos los nueve. La perorata del sermón sobre la Conciencia, en particular, me parece una de las conclusiones más poderosas y efectivas de un sermón que jamás haya leído en lengua inglesa.

La doctrina de los sermones de Ward es siempre completamente evangélica. Nunca cae en el lenguaje extravagante sobre el arrepentimiento, que desfigura los escritos de algunos de los puritanos. Nunca nos cansa con las largas declaraciones sistemáticas supraescriturales de teología, que oscurecen las páginas de otros. Siempre va al grano, siempre trata de las cosas principales de la Divinidad, y generalmente se ciñe a su texto. Exaltar al Señor Jesucristo tan alto como sea posible, derribar el orgullo del hombre, exponer la perversidad del pecado, difundir

amplia y completamente el remedio del Evangelio, despertar al pecador inconverso y alarmarlo, edificar al verdadero cristiano y consolarlo, estos parecen haber sido objetos que Ward se propuso en cada sermón. ¿Y no tenía razón? ¡Qué bueno sería para las iglesias si tuviéramos más predicadores como él!

El estilo de los sermones de Ward es siempre eminentemente sencillo. Singularmente rico en ilustraciones, - trayendo continuamente la vida cotidiana a su tema, - presionando al servicio de su Maestro todo el círculo de aprendizaje humano, - tomando prestadas figuras y símiles de todo en la creación, - no temiendo usar un lenguaje familiar que todos puedan entender, - Enmarcando sus frases de tal manera que un hombre ignorante pudiera seguirlo fácilmente, - audaz, directo, ardiente, dramático, y hablando como si no temiera a nadie más que a Dios, - era el hombre adecuado para captar la atención, y mantenerla una vez captada, para hacer pensar a los hombres, y hacer que estuvieran ansiosos por escucharle de nuevo. Sin duda, es pintoresco en muchos de sus dichos. Pero predicó en una época en la que todos eran pintorescos, y si por su pintoresquismo probablemente no le pareció a nadie notable. No cabe duda de que estos tienen un mal gusto. Pero nunca hubo un predicador popular contra el que no se formulara la misma acusación. Sus defectos, sin embargo, no eran nada comparados con sus excelencias. Una vez más digo: ¡qué bueno sería para las iglesias si tuviéramos más predicadores como él!

El lenguaje de los sermones de Ward no debe pasar desapercibido. Me atrevo a decir que en pocos escritos del siglo XVII se encontrarán tantas palabras curiosas, anticuadas y contundentes como en los sermones de Ward. Algunas de estas palabras son desgraciadamente obsoletas e ininteligibles para la multitud, con la consiguiente pérdida para la literatura inglesa.

No puedo dejar de expresar mi más ferviente deseo que el plan de republicación, que debe su existencia al Sr. Nichol, tenga el éxito que merece, y que los escritos de hombres como Samuel Ward puedan ser leídos y difundidos por todo el país.

Lo deseo por el bien de los divinos puritanos. Tenemos una deuda con ellos, en Gran Bretaña, que nunca ha sido pagada del todo. Creo firmemente que no se les valora como merecen porque son muy poco conocidos.

Lo deseo por el bien de las iglesias protestantes de mi propio país, de cualquier nombre y denominación. Es vano negar que hemos caído en tiempos difíciles para el cristianismo. Herejías de la clase más espantosa se presentan en lugares donde menos se esperaban. Los principios de la teología que una vez se consideraron completamente establecidos, ahora se hablan como asuntos dudosos. En una época como ésta, creo que el estudio de algunos de los grandes divinos puritanos está eminentemente calculado, bajo Dios, para hacer el bien y detener la plaga. Recomendando el estudio especialmente a todos los ministros jóvenes. Si quieren saber cómo las mentes poderosas y los intelectos poderosos pueden pensar en temas

teológicos profundos, llegar a conclusiones decididas y, sin embargo, dar una reverencia implícita a la Biblia, que lean la divinidad puritana.

Me temo que no es una época de lectura. Los libros grandes, especialmente, tienen pocas posibilidades de ser leídos. La prisa, la superficialidad y el bullicio son las características de nuestros tiempos. La escasez, la delgadez y la superficialidad son con demasiada frecuencia las características principales de los sermones modernos. Sin embargo, hay que intentar algo para frenar los males existentes. Hay que recordar a las iglesias que no puede haber una predicación realmente poderosa sin una reflexión profunda, y poca reflexión profunda sin una lectura intensa. Considero que la reedición de nuestros mejores divinos puritanos es una ayuda positiva para la Iglesia y el mundo, y deseo de corazón que se haga realidad.

Los siguientes extractos de los sermones de Ward pueden dar una idea de lo que era este famoso divino como predicador.

El primer extracto es de un sermón titulado "Cristo es todo en todo". -

"Todo sea Él en todos nuestros pensamientos y discursos. Qué feliz sería si Él nunca estuviera fuera de nuestra vista y de nuestra mente, sino que nuestras almas se dirigieran hacia Él, y se fijaran en Él, como el girasol hacia el sol, el hierro hacia el imán, el imán hacia la estrella polar. ¿No se ha asemejado para ello a todos los objetos que nos resultan familiares y evidentes: a la luz, para que tantas veces como abramos los ojos le contemplemos; al pan, al agua y al vino, para que en todas nuestras comidas nos alimentemos de Él; a la puerta, para que en todas nuestras salidas y entradas le tengamos presente? Qué felicidad si nuestras lenguas corrieran siempre sobre ese nombre, que es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón. Que el marino hable de los vientos, el comerciante de sus ganancias, el labrador de sus bueyes. Sé un pitagórico para todo el mundo, y un peripatético para Cristo; mudo para todas las vanidades, y elocuente sólo para Cristo, que dio al hombre su lengua y su habla. Cómo se deleita Pablo en registrarlo, y en insistir en ello once veces en diez versos, de los que Crisóstomo se dio cuenta por primera vez. (1 Cor. I. 10). Y cómo se aflige el digno Fox al prever y predecir lo que oímos y vemos suceder, que los discursos de los hombres se ocupen de nimiedades y detalles, como si toda la religión residiera en el vuelo y la persecución de una circunstancia u opinión; Cuán cordialmente ruega y desea con vehemencia que los hombres dejen de lado las ceremonias y dediquen su discurso a aquel que es la sustancia; que los hombres eruditos escriban sobre Cristo, que los hombres indoctos estudien sobre Él, que los predicadores hagan de Él el ámbito y el tema de toda su predicación. Y qué otra cosa, en efecto, es nuestro oficio sino elevar, no un pedazo de pan, como los sacerdotes romanos, sino a Cristo en nuestra doctrina; mantenerse en trabajos de parto hasta que dando a luz Él sea formado en un pueblo, para crucificarlo a sus ojos predicando vivamente su muerte y pasión. El antiguo emblema de San Cristóbal es bueno, ya que representa a un predicador como alguien que

vadea el mar de este mundo, sosteniéndose aferrado al báculo de la fe, y levantando a Cristo en lo alto para que sea visto por los hombres. Qué otra cosa le valió a Juan el nombre de divino, y a Pablo el de sabio maestro de construcción, sino que no se fijaron, como se hace ahora, en la lectura, la memoria y la elocución, sino en saber de Cristo, y de Él crucificado, y en edificar hábilmente la Iglesia, poniendo los cimientos sobre esta Roca, de la que, si callamos, llorarán las mismas rocas. Siendo esta la suma de nuestro arte y tarea, con la ayuda de Cristo, predicar el Evangelio de Cristo, para alabanza de Cristo, sin el cual un sermón no es un sermón, y la predicación no es una predicación.

"La suma de todo es que el deber de todos los hombres es entregarse enteramente a Cristo, sacrificar no una pierna, ni un brazo, ni ninguna otra pieza, sino el alma, el espíritu y el cuerpo, y todo lo que hay en nosotros; la grasa, las entrañas, la cabeza y la pezuña, y todo como un holocausto a Él, dedicándonos, consagrándonos a su servicio todos los días y horas de nuestra vida, para que todos nuestros días sean días del Señor. A quien, cuando lo hayamos hecho así, debemos saber que le hemos dado mucho menos de lo que le corresponde, porque nosotros, gusanos y miserables pecadores, somos menos que el Hijo de Dios, que no conoció pecado. Por lo tanto, vivamos para Él y muramos para Él. Vivamos, pues, para Él, para morir en Él, y exhalamos nuestras almas de muy buena gana en sus manos, con el mismo afecto con que se cuenta que Juan de Alejandría, apellidado el Almirante, por su generosidad, hizo, cuando distribuyó todo lo que tenía a los pobres, y se puso a tono con sus ingresos, como solía hacer cada año en su mejor momento, dio gracias a Dios por no tener más que a su Señor y Maestro Cristo, con quien anhelaba estar y al que ahora volaría con alas libres y desenredadas: o como, en pocas palabras, Pedro de antaño y Lambert de tiempos posteriores dijeron, 'Nada más que Cristo, nada más que Cristo'" (Sermones de Ward, p. 10. Edición de Nichol).

El segundo extracto es de un sermón sobre la conciencia, titulado "Bálsamo de Gilead". -

"Escuchad, oh conciencias, escuchad la palabra del Señor. Os llamo a registrar este día, que es vuestro oficio predicar de nuevo sobre nuestros sermones, o de lo contrario todos nuestros sermones y trabajos se pierden. Vosotros sois las papilas del alma, para saborear de nuevo. ¿Qué excepción puede haber contra tus reprimendas y contra tus amonestaciones secretas y fieles? Tu bálsamo es precioso; tus golpes no rompen la cabeza, ni traen ninguna desgracia. Dios te ha dado la facultad de hacer maravillas en privado y en soledad. Acompáñalos a casa, por lo tanto, grita en sus oídos y en sus pechos, y aplica lo que ahora y en otras ocasiones ha sido entregado".

"Conciencia, si la casa y el dueño donde habitas es un hijo de la paz, que tu paz y la de tu Maestro permanezcan y descansen en él; esa paz que el mundo nunca ha conocido, ni puede dar, ni quitar. Sé propicio y benigna, habla de cosas buenas,

alimenta las mínimas chispas y el humo de la gracia; si encuentras deseo en la verdad, y esta, en todas las cosas, diles que no teman ni duden de su elección y llamado. Con los que desean caminar honradamente, camina cómodamente. Trata a los tiernos y temerosos con suavidad y dulzura; no seas áspera y rigurosa con ellos. Venda a los quebrantados de corazón. Diles: ¿Por qué estás tan inquieto y triste? Cuando los veas melancólicos por las pérdidas y las cruces, diles con ánimo, como Elcana dijo a Ana: '¿Qué quieres? ¿No soy yo mil amigos, esposos e hijos para ti?'

"Aplaudidles en la espalda, animadles en el bien hacer, animadles a caminar hacia adelante; sí, animadles hasta el más alto grado de excelencia, y luego aplaudidles. Deléitate con los excelentes de la tierra".

"Sé una luz para los ciegos y escrupulosos".

"Sé un aguijón en los costados de los cargados de tedio".

"Sé una alarma y una trompeta de juicio para los dormilones y soñadores".

"Pero en cuanto al hipócrita, hiérrelo y pínchalo en el corazón. Que sepa bien que eres el espía de Dios en su seno, un intelecto secreto, y que serás fiel a Dios".

"Di al hipócrita que caminas 'en todas las cosas'".

"Pide al civil que añada piedad a la caridad".

"Pide a los vacilantes, inconstantes y licenciosos que 'caminen constantemente'".

"Pide al protestante tibio y común que, por vergüenza, se enmiende, sea celoso y 'camine honestamente'".

"Pero con los hijos de Belial, los escarnecedores profanos, camina con ellos con desprecio, acecha y molesta, no les des descanso hasta que se arrepientan, sé la hiel de la amargura para ellos. Cuando estén tragando y bebiendo, sírveles como los siervos de Absalón hicieron con Amnón, apuñálale el corazón. Pero recuerda, mientras haya alguna esperanza, que tu oficio es ser un pedagogo de Cristo, herir y matar, sólo para que vivan en Cristo, no tanto para aguijonear y atemorizar como para conducir a Él; y, con ese propósito, ser instantánea a tiempo y a destiempo, para que crean y se arrepientan".

"Pero si se niegan a oír, y pecan contra ti, y también contra el Espíritu Santo, entonces sacude el polvo de tus pies, y cae para atormentarlos antes de tiempo, y llévalos a la desesperación; o si les das facilidad aquí, diles que volarás en su

garganta en el día del juicio, cuando seas tú la que deberás hablar, y ellos deban y tengan que escuchar.

"Conciencia, tú tienes el encargo de entrar en las cámaras de los príncipes y en las mesas del consejo; sé un hombre fiel a su consejo. Oh, que en todas las cortes de la cristiandad pusieran la política por debajo de ti, y te hicieran presidente de sus consejos, y escucharan tu voz, y no la de jesuitas graznadores, aduladores y mentirosos. Puedes hablarles, los súbditos deben orar por ellos, y estar sujetos, por tu causa, a honrarlos y obedecerlos en el Señor.

"Encarga a los cortesanos que no confíen en los favores inciertos de los príncipes, sino que sean confiados y fieles, como Nehemías, Daniel, José; cuyas historias ruega que lean, imiten y crean por encima de los oráculos de Maquiavelo".

"Decid a los zorros y a los políticos, que hacen de lo principal lo secundario, que una mala conciencia ahorcó a Ahitofel, derrocó a Amán, a Sebna, etc. Diles que es la mejor política, y fue la de Salomón, que sabía la mejor, conseguir y conservar tu favor; exaltarte a ti, y tú exaltarlos a ellos, ser un escudo para ellos, y hacerlos tan audaces como el león en el día de la angustia, sin temer la envidia de todas las bestias del bosque, no, ni el rugido del león, en las causas justas".

"Conciencia, tú eres el juez de los jueces, y un día los juzgarás; mientras tanto, si no temen ni a Dios ni a los hombres, sé como la viuda inoportuna, y exhortalos a hacer justicia. Oh, que tú seas el más alto en todos los tribunales, especialmente en los que son de tu jurisdicción y reciben su denominación de ti, no te dejes desterrar, haz temblar a Félix, háblales de juicio".

"A los jueces justos, diles que agraden a Dios y a ti, y que no teman otro temor; asegúrales, pues, que todo lo que hagan de parcialidad o popularidad, tú lo dejarás en la estacada; pero todo aquello que se ciña a tu conveniencia y mandato, tú lo sostendrás en ellos, y serás su grandísima recompensa".

"Si te encuentras en esos tribunales y encuentras abogados conocidos y seguidores tuyos, sé su honorario y su promotor, y diles que si se atreven a confiar en ti y a dejar los trabajos dominicales, los sobornos de ambas partes, la venta de silencio, los alegatos en las causas malas y el hacer de la ley una nariz de cera, si se atreven a alegar todas y sólo las causas justas, tienes riquezas en una mano y honor en la otra para otorgarles".

"En cuanto a la tribu de Leví, puedes ser un poco más audaz, ya que son hombres de Dios, y hombres de conciencia, por profesión. Anímalos a que añadan a su ciencia, como un número a las cifras, algo que la haga valer. Desea que prediquen, no por lucro sucio o vanagloria, sino por ti; desea que te conserven pura, y que en ti guarden el misterio de la fe; Asegúrales que eres la única nave y gabinete de la

fe ortodoxa, de la cual, si naufragan por pereza y codicia, se entregarán al papismo y al arminianismo, y perderán la fe, y entonces escribirán libros de la apostasía, y de la intercesión de la fe, y de la buena conciencia, que nunca conocieron, ni algunos borrachos de ellos parecían tenerla" (Sermones de Ward, p. 109. Edición de Nichol).

No hago ningún comentario sobre los extractos que he dado. Creo que hablan por sí mismos. Sin duda, los gustos y las opiniones sobre los sermones difieren mucho. Pero es mi propio juicio deliberado que un hombre que predica en el estilo de Ward nunca carecerá de oyentes.